

Papeles

Bernardo llegó royendo los zancajos a su jefe mientras abría la puerta de casa. No era ninguna novedad. Arrojó con desprecio las llaves sobre la mesa del comedor, mascullando groserías. Se acercó al frigorífico y se quedó unos segundos contemplando el despejado mueble. La blancura solo interrumpida por un yogur, medio melón y un par de cervezas. Negó con la cabeza antes de cerrarlo con un rabioso portazo.

Miró todas las habitaciones irritándose cada vez más, hasta que volvió al comedor. Golpeando la mesa, cogió de nuevo las llaves y salió de casa. En el trayecto, farfulló varias veces e hizo que el motor soltase un par de gritos afónicos, forzándole a encajar una marcha inapropiada. Llegó a su destino y aparcó indebidamente sobre una par de zonas autorizadas. Entró por el portal del edificio, subió las escaleras de dos en dos y, cuando llegó al rellano, se enfrentó a la puerta, cogió aire y llamó, atizándola fuerte.

—¿Pero papá, a que vienen estos golpes? —dijo su hija, abriendo la puerta.

—¿Dónde está tu madre? —la apartó con brusquedad mientras oteaba el comedor.

—¿Pero qué te pasa, papá? —preguntó su hija agarrando aún la puerta, acongojada.

Bernardo se dio la vuelta en el comedor y vio a su mujer en la cocina, que le miraba con extraña sorpresa, deteniendo el cortar de cebollas.

—¿Bernardo, a qué vienen esos humos? —le dijo su mujer, arrugando más el gesto.

Bernardo levantó los hombros. Parecía que toda su rabia se agolpaba en la garganta y no le dejaba respirar. Algo tenía que salir.

—¡Me paso todo el día trabajando, soportando al idiota de mi jefe, para que tú hagas lo que te apetezca! ¡Vives como una reina! ¡Cuando llego a casa siempre estás de cháchara! —por fin desatascó el embotellamiento y pudo pararse a respirar con profusa necesidad. Cuando iba a reanudar su vehemente discurso, se adelantó unos pasos hacia la cocina pero se interpuso su hija.

—¿Me puedes decir qué te pasa, papá?

Bernardo se retiró un paso, sorprendido de ver a su hija, pero no tardó nada en volver a recuperar la marcha. Cuando levantó la mano para apartarla esta le empujó con ambos brazos hacia atrás.

—¡¿Me has oído?! —le gritó, adelantando la cabeza, retadora.

La mujer salió de la cocina corriendo y agarró a su hija de la cintura, atrayéndola hacia sí. Bernardo retomó de nuevo el paso cuando su mujer soltó a su hija, ya dentro de la cocina, y

cerró la puerta de un golpe. Bernardo estampó sus dos manos abiertas sobre la puerta.

—¡Ya me estáis tocando los huevos! ¡Abrid la puerta! —el repentino escozor de las manos, tras el impacto, avivó la rabia de Bernardo, que optó por seguir aporreando la puerta—. ¡Abrid la puerta!

Una de las luces del pasillo se apagó, a la vez que se oyó un grito «¡CORTEN!» Un golpe en el techo remató la sorpresa de Bernardo, que observaba como un fino mástil metálico se desplazaba sobre él, portando un gran micrófono en su extremo. Aparecieron en el comedor varios desconocidos que aplaudían entusiasmados, vitoreando alabanzas.

—¡Pedro, eres fantástico! ¡En una sola toma! —decía el más bajito de todos los desconocidos.

Bernardo, incontrolado, se encaró a ellos. Al acercarse al comedor, descubrió una gran cámara soportada sobre un trípode y unas cuantas mesas con dispositivos cableados encima. Empezaron a aparecer más desconocidos del comedor y de otras habitaciones del pasillo. La rabia fue engullida por el pasmo, congelando a Bernardo. Recibió palmadas en la espalda, estrechó manos y atendió lisonjas, todo ello desde la lejanía del asombro.

—Pedro, has superado nuestras expectativas. Has estado impresionante —le dijo un hombre alto y de fuerte complexión, apoyando una mano en su hombro y ofreciéndole

la otra—. Soy Fermín Masqui, el productor ejecutivo —le sacudió con fuerza, haciéndole castañear los dientes. Apretó la mandíbula para impedir esa involuntaria reacción e intentó bloquear el codo para igualar las fuerzas. El esfuerzo le producía una mueca asustadiza.

Antes de recuperar la tensión natural de su cuerpo, se percató de que la puerta de la cocina estaba abierta y nadie dentro. Miró a su alrededor. Se estaban recogiendo todo los útiles y aparatos, mientras algunos formaban corrillos. Se acercó a cada uno de ellos en pasillo y comedor, buscando rostros conocidos. Los encontró en la terraza, junto al productor ejecutivo y un hombre menudo que gesticulaba poseído. Abrió con prudencia la puerta y el hombre menudo levantó ambos brazos en un grito agudo.

—¡Pedro, mi hombre! —saltó sobre él y le abrazó con pasión—. ¡De aquí a Hollywood! Tienes que contárselo a Bruno. —acabó la frase con un estridente tono agudo que entrecerró los ojos de la concurrencia. Por un momento, todos se quedaron mirándole, relajando los rostros lentamente hacia un gesto más triste.

—Pedro ¿estás bien? —le dijo el hombre menudo—. Te veo desubicado.

Bernardo suspiró profundamente, se frotó la cara con una mano y observó a las dos mujeres que tenía en frente. Le observaban atentas, curiosas, como a un desconocido.

—¿Pedro? ¿Pedro, me recuerdas? Soy Carlos, tu representante —le decía agarrándolo de la cintura el hombre menudo—. ¡Traed una silla! —gritó a los que estaban en el comedor.

Bernardo se desplomó en la silla mientras el hombre menudo les contaba, al productor ejecutivo y a las dos mujeres, en tono confidente, que Pedro había sufrido, hacía un tiempo, un leve trastorno de personalidad al sumergirse demasiado en su papel. Desde entonces, no había vuelto a ocurrir, pero él, por el enorme cariño que le profesa, siempre ha estado atento para prevenir otra recaída, que es mejor que curar, dijo con una afectada sonrisa.

La confusión de Bernardo se acentuó tras escuchar la argumentación del hombre menudo, provocándole ligeros mareos e indisposición. Palideció progresivamente, inquietando a la sala, momento en el que el hombre menudo pidió auxilio al corpulento productor ejecutivo y le llevaron al sofá del salón donde entró en un estado de soñolencia.

Al despertar, se vio a solas en una sala familiar, se sentó y, como en un acto reflejo, palpó el bolsillo trasero de los pantalones. Tenía que ser molesto, la cartera abultaba, pero esta vez se encontraba en el otro bolsillo. La abrió y vio su cara, seria e impaciente, en el documento de identificación, al lado de un nombre repetido y desconocido, Pedro Oliver Tonsura.

—¡Hombre, Pedro, has despertado! —escuchó tras él.

El hombre que le hablaba era su más íntimo amigo. Su imagen le propulsó como un muelle, extendiendo los brazos como una súplica.

—¡Arturo, por Dios! —susurró sin fuerzas.

El hombre negó con la cabeza y apretó los labios mostrando decepción.

—Bruno, me llamo. Pedro, soy tu psicoterapeuta —apoyó la mano en el hombro de Bernardo, invitándole a sentarse y empezaron a conversar. Bernardo empezó con preguntas sobre sus recuerdos pasados y Bruno trató de orientarle sobre su perturbación. Aunque Bernardo mostraba una mentalidad asertiva, Bruno advertía cierta renuencia en ese acto. Finalmente, observando cómo la noche había caído por completo, Bruno le anticipó su diagnóstico.

—Pedro, aunque, sin lugar a dudas, tienes un gran talento para el arte dramático, no puedes seguir ejerciendo esta labor, porque te está haciendo más mal que bien. Has entrado en un estado mucho más profundo que la vez anterior, creando un mundo alternativo que anula tu verdadera personalidad y perjudicando a otras personas. Te recomiendo seguir con la terapia, pero al mismo tiempo, debes abandonar esta identidad recién acuñada y volver a presentarte a ti mismo.